



ALBERTO MIRA, «El espectáculo del armario y representación de la homosexualidad a principios de siglo», dins *De Sodoma a Chueca. Una historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo xx*. Egales, 2004.

Los juicios de Wilde son el momento que marca contundentemente el triunfo de la nueva homofobia: hay un antes y un después de la condena a dos años de trabajos forzados. Recordemos que fue Wilde quien llevó a juicio al Marqués de Queensberry acusándolo de calumnia cuando éste le llamó «sodomita». En aquel momento se encontraba en la cumbre de su triunfo, se sentía adorado por el público y la sociedad londinense tras el estreno de *La importancia de llamarse Ernesto*. Estaba seguro de ganar el pleito. Pero no sólo perdió, sino que tras el primer juicio fue citado para un segundo: esta vez el demandante era Queensberry, amparado en una ley relativamente reciente (la «Enmienda Labouchere», de 1885) que castigaba las relaciones sexuales entre hombres y que hasta entonces se había aplicado de manera restringida, quizá porque se consideraba que la homosexualidad era un asunto demasiado desagradable como para salir a la luz. Entre el



primer proceso y el segundo, Wilde tuvo la oportunidad de escapar a Francia, pero quizás la arrogancia le cegó: seguía sin llegar a creer que se le pudiera condenar por un comportamiento que precisamente le había llevado a la cima del éxito social.

Una vez que el escándalo irrumpe de manera espectacular en la escena pública ya nada será lo mismo. Los juicios de Wilde confirman que la homofobia legal iba en serio y que nadie estaba a salvo. El castigo no se limitaría a prostitutas, chaperos o individuos sorprendidos con las manos en la masa por el exceso de celo de un agente de la autoridad. Ahora se convertía en un asunto de moral pública. El entramado conceptual que se había construido en torno a la categoría de homosexualidad adquiere gran vitalidad, la maquinaria homofóbica se pone en marcha, la homosexualidad abandona los discursos especializados y se convierte en un tema público. Al escándalo de Wilde siguieron otros (el príncipe Eulenburg, el industrial Krupp), pero sobre todo afectó a la actitud de quienes nunca se verían en el banquillo. El juicio de Wilde tuvo una función disuasoria, mucho más contundente y de mayor alcance que la pena de cárcel o el deshonor.



Cuando, tras dos años de miseria y enfermedades, abandona el penal de Reading, su vida como personaje público ha acabado. Trampeará durante algunos años, aceptará dinero de su mujer a cambio de desaparecer, se establecerá en Normandía y luego en París, dará sablazos, pedirá ayuda, pero el pedestal que le había sostenido ya no existía. A pesar de su gran dignidad, el Wilde de los últimos años es un hombre patético que servirá para ilustrar los estragos de la homofobia.

A partir de estos contextos y de las propias palabras de Wilde, especialmente en *De profundis* podemos reconstruir con cierto grado de especificidad lo que la homosexualidad significó para Wilde y de ahí podemos leerla más claramente en sus escritos. Sabemos por ejemplo que, si bien no fue exactamente un rebelde, tampoco hizo grandes esfuerzos por ocultarse. Durante los años noventa, especialmente tras su éxito como dramaturgo, fue, de hecho, más que obvia, hasta el punto de que algunos amigos le volvieron la espalda y algunos conocidos dieron en evitarle. Sabemos que con mostrarse al mundo como homosexual el autor no defendía otra causa que la de la individualidad. Sin embargo, algunos elementos de esta

afirmación de una identidad homosexual resultan apropiables por el movimiento gay, incluso hoy en día. Algunas expresiones de la individualidad eran más tolerables que otras.

El gran error de Wilde consistió en minusvalorar la fuerza de la homofobia en su entorno y creer que no se atreverían a dirigirla contra él. O quizá estaba en lo cierto y, como señala en la epístola a Lord Alfred, su orientación sexual en el fondo no tuvo que ver nada con su caída: se empleó en su contra cuando osó llevar a juicio a un miembro de la aristocracia, él, que no era más que un irlandés de clase media.

En cualquier caso, no hay duda de que la homofobia tuvo un papel importante en su encarcelamiento: cuando hace falta injuriar, encarcelar o sumir a alguien en la desgracia, la homofobia, como dice Didier Eribon en *Reflexiones sobre la cuestión gay*, está ahí y es siempre perfectamente utilizable. La injuria, como hemos visto, no se detiene ante detalles irrelevantes o pruebas: consistentemente se ha lanzado contra casos sobre los que existe menos evidencia, como Azaña o José Antonio. Que lo que realmente les hacía incómodos como individuos fuera otra



cosa es irrelevante. Lo importante es que en su fuerza de injuria, la homofobia siempre parece el proyectil más utilizable.

Wilde se convertiría pronto en una de las figuras recurrentes en la retórica de la injuria. Pero a esta imagen pronto se superpone otra relacionada con su leyenda oscura. De hecho, el adjetivo «wildiano» o «wildeano» se emplea de manera recurrente para insinuar «anomalías» sexuales. Lo emplea consistentemente Cansinos en *La novela de un literato*. Wildeanas, por ejemplo, son las novelas *El ángel de Sodoma* y *Pasión y muerte del cura Deusto*, dos libros totalmente distintos en presupuestos y forma. Wildeano es Benavente, Retana y Pedro de Répide, pero también Baeza, traductor del dramaturgo irlandés e incluso Isaac Muñoz, escritor que se distingue por una narrativa orientalista tremendamente kitsch pero esencialmente heterosexual y en quien, según su biógrafa reciente, el homoerotismo no era más que una pose. En varios casos, por otra parte, se trata de separar la paja del grano, como sucede con las declaraciones de Unamuno. Pío Baroja, menos tolerante, no simpatizó con el escritor ni siquiera después de su encarcelamiento. Wilde se emplea



para hacer visible la homosexualidad de Benavente, de Hoyos o de Répide.